

El prepucio de un hijo que esconde el vestido de un padre travesti (y fantaseado como golpeado por la madre)

Gérard Pirlot¹

...ya que es el hombre quien engendra al hombre.

Aristóteles. *Metafísica*, Z, 7, 1032, 25.

Introducción

En 1949, Simone de Beauvoir adelanta, en *El segundo sexo*, su famosa fórmula: “no se nace mujer, se llega a serlo”. Parece que para los hombres se trata de lo mismo: no se nace hombre, se llega a serlo; los ritos y rituales de iniciación², de pasaje, los sufrimientos de la guerra, del combate, del deporte e incluso de la circuncisión, testimonian que el niño, el púber o el adolescente realizan una *separación* del mundo materno, confirmando en el cuerpo y en la mente un vínculo indefectible entre lo masculino, el fin de la omnipotencia infantil (castración) y la admisión en la sociedad de los hombres³.

En este texto, el autor relata el seguimiento terapéutico de un sujeto en dos etapas: primero, cuando era adolescente y perdió brutalmente a su padre, y luego, trece años más tarde, ya adulto, hace una demanda de análisis. El autor quiere subrayar

¹ Psychanalyste membre de la Société Psychanalytique de Paris, Professeur de psychopathologie psychanalytique Université de Toulouse Jean-Jaurès, Ancien Psychiatre des Hôpitaux.

Adresse : 54 Rue Pargaminières, 31000 Toulouse, France ; mail : pirlotg@aol.com

² Muchas de las mutilaciones físicas (circuncisión, dientes arrancados, escarificación, tatuaje) constituyen marcas aparentes de esta sustracción al mundo de las madres. Cf. Pirlot, G. (2001).

³Badinter, E. 1992, p. 86 sq.

en él, el difícil camino de una masculinidad asumida con sus conflictos internos, sus fantasmas del pasado y sus deseos sexuales que confrontan al sujeto con la transgresión adúltera, lo que acentúa en él un funcionamiento obsesivo y actitudes masoquistas, así como un síntoma muy singular referente a la esfera genital. La transmisión intergeneracional de un secreto familiar durante la infancia, junto a la sintomatología neurótica y física del sujeto, hace rever el tema del padre y de la madre en la construcción del masoquismo.

Tiempo I. Lo no dicho al hijo sobre el suicidio del padre

La pérdida brutal de un padre para un hijo adolescente

Hace poco más de veinte años recibí en el hospital a una mujer que acababa de perder a su marido en trágicas condiciones –se había suicidado por ahorcamiento– y me pidió que viera a su hijo de 16 años, que cursaba 4.º año del secundario, para que pudiera hablar de ese duelo traumático. Desde luego que acepté. En estas condiciones recibí a Martín una semana más tarde.

Martín se presentaba como un joven cuyo drama familiar había acelerado cierta madurez propia de él. Era un chico serio, a quien le gustaba estudiar, especialmente ciencia y matemática. Había elegido la orientación científica. Era el primogénito, seguido por dos hermanas, una apenas un año menor que él, y la otra, que tenía seis años.

Evidentemente, al principio habló de la muerte de su padre. Todo lo que sabía era que se había colgado de la viga del techo de una de las habitaciones de su vasta propiedad. Era una familia muy acomodada económicamente. Su padre administraba el patrimonio industrial de sus padres, ya que su propio padre había muerto de un ataque cardíaco cuando él tenía nueve años.

Martín describió a su padre como un hombre bastante ausente, absorbido por su trabajo y un número considerable de desplazamientos y reuniones fuera de su casa. Las relaciones con su hijo, aunque raras, eran siempre cálidas y benévolas. Solo en las vacaciones de verano Martín podía tener cierta proximidad con él, durante los partidos de tenis o de bádminton, de petanca, o incluso con el pretexto de alguna visita a uno u otro lugar.

Rápidamente Martín me compartió su dificultad para entender el sentido del suicidio de su padre. Por lo que sabía por su madre y su abuela paterna, la situación financiera de la empresa paterna – y de la abuela– era, salvo algunas incertidumbres,

bastante sólida. En su discurso y al presentar la situación empresarial de su padre, apareció rápidamente el personaje de la abuela paterna. Esta encarnaba una "imago" particularmente "fuerte". Parecería haber tenido mucho poder sobre su hijo –el padre de Martín– hasta su muerte. Además, *"la abuela detesta a mamá"*, dice Martín, señalando el conflicto desde el casamiento entre su abuela y su nuera, a lo que agrega *"mamá siempre fue afectuosa con la abuela; nunca impidió a mi padre ver a su madre, fue sobre todo mi abuela que, desde el principio, nunca aceptó a mamá"...*

La madre de Martín, yo podía testimoniarlo, era una mujer muy linda. Martín contó que su madre, venida de un país del norte, no era originaria de la región de la familia del padre, lo que le había ocasionado actitudes de celos de la parte de esta familia o de amigos de la pareja.

En estas condiciones comenzó el trabajo analítico, con un encuadre adaptado, frente a frente. Efectivamente, Martín no venía con una demanda de análisis. Como mucho, decía que tenía ganas de *"hablar con alguien, por ser la situación tan difícil"*. A lo largo de las sesiones Martín llegó a poder hablar de sus vivencias de adolescente con sus amigos, incluso con las chicas, lo que significó una mejora suficiente como para que después de un año y seis meses de trabajo frente a frente, pidiera dejar.

En ese momento estaba lejos de imaginar que aproximadamente diez años más tarde, siendo ya biólogo, volvería a verme a partir de una situación y con un síntoma muy singular en el que su masculinidad se encontraba comprometida.

Pero antes de retomar este *"après coup"* del primer tratamiento analítico, volvamos a este. Durante los primeros meses, Martín tenía verdaderos momentos de abatimiento, señalando un afecto depresivo profundo. Se percibía en la falta de tonalidad en su prosodia, un repliegue en sí mismo sin que por ello hubiera perdido el apetito o tuviera insomnio. En su casa, se ocupaba mucho de sus hermanas, una de las cuales comenzaba a desarrollar síntomas de anorexia mental. Una paradoja sobrevolaba en la cabeza de Martín –y de la mía– en relación al suicidio del padre. El acto suicida del padre era interpretado por parte de la madre y de la abuela como agotamiento, un *burnout* como director de la empresa. Era esa la versión "pública..."

Y de a poco fue apareciendo la figura de la abuela. Evidentemente, esta había desplazado el vínculo pasional que tenía con su hijo sobre Martín. Este era consciente de ello y notaba cómo estaba ahora él "en primera línea" entre su madre y su abuela. Sentía que su abuela depositaba en él todas sus esperanzas de ver a su nieto retomar la empresa del padre, que a su vez la había retomado de su propio padre.

La transferencia sobre mí se instaló desde el principio, en esta situación traumática, real y palpable. Proyectaba sobre mi persona –función y encuadre reunidos–

elementos psíquicos en los que se entrecruzaban deseos de reconocimiento y afectos edípicos, mezcla de temor, angustia e idealización. Sus sesiones – a las que faltó una sola vez en casi dos años– se volvieron progresivamente el momento indispensable en el que podía ocupar el lugar de un adolescente y no aquel otorgado por su madre, sus hermanas y su abuela, que era el de ser un “sustituto” paterno, –del que intentaba huir lo más posible y el que, sin embargo, asumía, cuando veía a su madre y sus hermanas sumidas en una inmensa tristeza. En resumen, conmigo podía volver a ser el niño que había sido y el adolescente necesitado de un modelo identificatorio para construir una masculinidad en plena reorganización adolescente y fragilizado por la muerte del padre.

Cuando el sueño fuerza a representar lo irrepresentable

Detrás de este cuadro clínico y de esta cura psicoanalítica que parecía transcurrir sin problema particular, aparecen, sin embargo, ciertas dificultades debidas al funcionamiento psíquico de Martín. Me sorprendió la ausencia de sueños, de todo relato onírico de su parte durante casi un año, a pesar de que yo le dije varias veces que no dudara en compartírselos.

Martín estaba muy a la defensiva sobre un plano intelectual, con una real tendencia a “aislar” afecto y representación, a controlar de manera obsesiva todo movimiento agresivo o irrupción inopinada de emoción. Me había prevenido sobre la llegada eventual de lágrimas: “Si pasa, dejaré que ocurra”... Las defensas anales eran sólidas aunque, progresivamente, pudo, durante este trabajo analítico cara a cara, percibir lo que provenía de defensas narcisistas, de un “orgullo” que un día calificó de “desubicado pero heredado de su padre y de su abuela materna”...

Luego de un año de haber comenzado la terapia, Martín tuvo finalmente un sueño suficientemente enigmático como para “sacudirlo” y animar las sesiones hasta la última. Llegó un día diciéndome, triunfante: “¡Tengo un sueño... pero es tan absurdo que no sé si vale la pena contárselo!”... Le propuse, evidentemente, que lo hiciera.

“Estoy en mi clase, pero en realidad no es una de las aulas del colegio. Estoy solo, como en un parking... Creo que cerca de una estación... Una estación por la que pasa un montón de gente, pero no distingo a nadie salvo ratas que se cuelan entre mis piernas y me dan muchísimo miedo. Tengo la sensación de ahogarme o de estar ‘atrapado’ como cuando era chiquito y en el jardín de infantes me retaban. Una mujer se acercaba, creo que era una de mis maestras de la escuela primaria, una que me daba mucho miedo porque tenía los ojos negros, todo negro... como, ahora que

pienso, las ratas en mi sueño. Ahí, ya no me acuerdo lo que pasa, tengo un agujero... Lo que sé es que luego huyo. Corro y aparezco en los baños... Hago una caca negra... Hay caca en toda la pared de tanto que sale sin que pueda retenerme. Estoy muy avergonzado y quiero sacar toda esta... mierda, limpiar la pared, pero veo que adentro hay sangre. En realidad cagué con sangre... Tengo miedo. Miedo de morir y miedo de que me descubran.

De repente llega mi madre y estoy con mi profesor preferido, el Sr. Cuvier, el profesor de Matemática, y vamos a correr al estadio... sintiéndome liberado, me despierto”.

A mi invitación, Martín asocia. Enseguida asocia los ojos negros de la maestra a los de su abuela, luego a los del padre; su madre tiene la mirada azul. Pero el miedo que le inspira esa mirada, como el de las ratas, le recuerda más al que tenía frente a su abuela que el que tenía frente a su padre. ¿Las ratas? Recuerda una fábula de La Fontaine, "Las ratas de ciudad y las ratas del campo"... Las ratas de la ciudad invitaban a las del campo...Y el peligro para ambos animales estaba en la ciudad...había asustado a las ratas del campo porque no podían comer tranquilamente... Pero Martín vivía, y aún lo hace, lejos de la ciudad y de niño se había identificado con la rata del campo... Pero la estación está en la ciudad... ¿Por qué la estación? No entendía de dónde salía... salvo que la ciudad se parecía mucho a la inquietud de la defecación en el baño...

El miedo a ser descubierto por un error, lo hacía pensar en su temor a no ser suficientemente bueno en el colegio... ¿El miedo a morir? Pensó en su padre. ¿Habría tenido miedo a morir antes de suicidarse? ¿Por qué no pensó en sus hijos? Martín mismo, en las semanas que siguieron a la muerte del padre se había despertado muchas noches con terror a morir...

Martín asociaba rápidamente delante de mí, dejándome poco espacio para intervenir. Luego, habiendo agotado los lazos asociativos se detuvo.

Yo: ¿Y el profesor principal que lo lleva al estadio?

Martín: ¡Ah, el Sr. Cuvier! Si, un tipo genial. En la cuarentena, siempre de buen humor...Bueno, ahora que pienso... itiene barba como usted! Él, al igual que usted, me sacaba del problema, si me atrevo a decir. ¡Como en el sueño, usted me lleva lejos de la "...mierda" que me cayó encima con la muerte de mi padre!

Interpretar un sueño depende menos de descifrar un texto que de descifrar el lugar que este sueño juega en la transferencia frente a la emergencia del sujeto en sus deseos puestos en conflicto. Aquí, para Martín, al final del sueño, poder correr y escapar gracias a un hombre de figura tutelar fue interpretado en la transferencia a mi persona y al deseo de "asesinarme" simbólicamente, es decir, de dejar su terapia,

sobre todo, que los exámenes del bachillerato se acercaban y que "necesitaba tiempo para dedicarse únicamente a su examen".

Acepté su proyecto de interrumpir en las vacaciones de Pascuas, o sea 3 meses después de la sesión del sueño. Durante esos 3 meses, ese sueño fue en múltiples ocasiones, objeto de asociaciones. Su temor frente a su abuela, su angustia de no poder tener buenas notas para ser aceptado en la Facultad de Ciencias, su aprensión a la vida de la ciudad a la que debería confrontarse durante su futura vida de estudiante, su incomodidad frente a las chicas, numerosos elementos nos llevaban al sueño.

Más allá de la recuperación y del "cumplimiento" no traumático en el "*après-coup*" de la neurosis de transferencia de un deseo parricida difícilmente pensable por el hecho de la muerte *real* del padre, y vivida en el aquí y ahora en un conflicto "bien templado" conmigo, quedaban, como enigmas los elementos para los que ni él ni yo podremos dar ninguna asociación: el de la estación, el de la ciudad "inquietante" y la de defecar materias fecales sanguinolentas que llegaban a tapizar la pared.

Él, que nunca tomaba el tren, ¿por qué esta estación en la que el sentimiento de asfixiarse y de estar "atrapado" era tan fuertes? En relación a la diarrea de sangre en el baño, nada aparecía, salvo una vez más, "la mierda" en la que su padre lo había dejado...

Esta asociación permitió elaborar la agresividad latente y culpable hacia el padre, y en la transferencia, hacia mí mismo. Poco a poco, el personaje paterno se dibuja con sus insuficiencias, la de no haberse ocupado suficientemente de sus hijos, de su mujer y de no haber sabido nunca decir "no" a su madre.

Sin embargo, esas interpretaciones no parecían estar completas... Durante los tres meses que nos separaron del fin del tratamiento, jamás pudimos esclarecer esos elementos que permanecieron como "ombligos" del sueño, que como Freud lo dice en "La interpretación de los sueños", pueden subsistir sin respuesta alguna. "Cada sueño tiene, por lo menos, un punto en el que es insondable, de alguna manera el ombligo (Nabel), por el cual se correlaciona con lo no-conocido (*Unerkannt*)", escribe una primera vez Freud en una nota del capítulo II⁴ en la parte relativa al análisis del sueño de Irma y, a continuación, en el capítulo VII sobre la psicología del sueño, que trata el olvido del sueño. "En los sueños mejor interpretados debemos dejar en muchas ocasiones un punto en la oscuridad porque notamos, al interpretarlo, que comienza allí un ovillo de pensamientos del sueño que no se deja desenredar, pero que

⁴ Freud, S. (1900). 2004, note 2, p. 146; 1961, p. 101.

tampoco ha aportado contribuciones adicionales al contenido del sueño. Es, entonces, el ombligo del sueño, el punto donde reposa lo no-conocido"⁵.

En una entrevista con la madre unas semanas más tarde aportó, aunque parcialmente, respuestas inesperadas sobre ese "no-conocido". Luego, diez años más tarde el reencuentro con Martín me hará asociar este "no-conocido" con el lugar que habría podido tomar en su propio cuerpo.

Al final de la terapia, Martín me preguntó si podía recibir a su madre, debido a que una de sus hermanas, la que había empezado una anorexia, tenía visiblemente necesidad de ser tratada, y ella quería tener mi opinión y que le recomendara un profesional que pudiera atender a su hija.

Lo no-dicho de un secreto de familia

Diez días más tarde recibí a la madre de Martín. Luego de agradecerme el trabajo que había hecho con su hijo, subrayando lo satisfecha que estaba con él, y con su bienestar actual, me habló de una de sus hijas que la tenía muy preocupada ya que los síntomas de anorexia y depresión eran mucho más manifiestos desde hacía algunos meses. Su médico de cabecera le había sugerido consultarme: su pedido no era que me ocupase de su hija, dado que había seguido a Martín sino que le indicara el nombre de algún colega que pudiera ocuparse de ella. Una vez que le pasara dos o tres contactos de colegas, le pregunté por la situación familiar actual, ¿si "estaban bien a pesar de todo"? Luego de un silencio, debo decir que me sorprendió, me dijo:

"- ¿Puedo decirle un secreto?

Yo: -Desde luego.

-¿No lo repetirá jamás? Porque si por alguna razón Martín volviera a verlo, no debe enterarse en ninguna circunstancia... Bueno. Él no lo sabe, pero mi marido, su padre, tenía una doble vida... Ah, no es lo que cree... No tenía otra mujer... No... Es peor.... Era prostituto, homosexual y travesti... Hacía "la calle" sobre el muelle de la Garonne, cerca de la estación, algunas noches - aquellas en las que me decía que salía por trabajo... Me lo dijo la policía. Había dejado una larga carta en su billetera, pero, en la locura del descubrimiento de su cuerpo colgado, yo no había tocado nada... Los policías lo descubrieron en la morgue... Me dieron la carta, que en realidad me estaba destinada... Alain -era el nombre de mi marido- me describía en una carta de dos páginas el infierno en el que se había encerrado. Algunos encuentros turbios

⁵ Freud S., idem, p. 57; 1961, p. 428.

acabaron por ponerlo en una situación espantosa y sobre todo el hecho de haber sido reconocido algunos

días antes de su suicidio por uno de los clientes de su empresa y que iba a 'hacerlo cantar'... Lo horrorizaba la idea de que su familia, sus amigos, su pueblo supieran sobre su 'desviación'... En la carta decía que no había otra solución: suprimirse para suprimir el escándalo a punto de estallar... Es eso. Ya lo sabe todo. Martín no lo sabe y no quiero que se entere. Solo los policías y yo lo sabemos... Tenía que decírselo, a usted, porque sépalo, desde la muerte de mi marido vivo sola con este secreto..."

Luego de los últimos intercambios en relación a su hija anoréxica, la madre de Martín concluyó su entrevista. Acompañé a la puerta a esta mujer invadida por el dolor y la soledad de su terrible secreto, incluso de una espantosa herida narcisista para su femineidad, aturdido por haberme enterado de la verdadera motivación de la muerte del padre de Martín.

Pasaron años sin que tuviera noticias de este adolescente.

Y un día, trece años después, suena el teléfono en mi consultorio privado. Era Martín. Me pidió ayuda con urgencia, por un problema importante que lo tenía muy mal.

Tiempo II. Prejuicio y transgresión sexual

Inhibición frente a la transgresión que imponen el deseo y la pulsión sexual

Martín se había convertido en un hombre de buen aspecto: alto, atlético, con un rostro móvil y agradable.

-Aquí estoy -dijo Martín a penas se instaló frente a mí-, estoy casado, mi mujer es profesora de Biología, tenemos una hija de tres años, y yo soy biólogo titular en el hospital desde hace ya cuatro años... Hace seis meses me di cuenta de que una enfermera revoloteaba alrededor mío, me sonreía cada vez que entraba en mi habitación, etc. Luego constaté que siempre tomaba su turno en los mismos días y horarios que yo. Progresivamente, nos acercamos y hablamos cada vez más. Es muy bonita, no del mismo tipo de mi esposa. Para colmo, siempre se pone tacones altos, medias de red, incluso unos escotes, en resumen... muy sexi... Hace una semana, mientras estábamos en la sala de descanso del servicio, se sentó en mis rodillas... y me dejó claro que me deseaba... No sabía qué hacer... No dije ni sí ni no... Le dije que esperara... ¿Esperar qué? No lo sé, pero...

Me entero de que a Martín le gusta mucho esta enfermera. Evidentemente, el hecho de estar casado, instaura de hecho una prohibición. "No es hombre para un adulterio, me dice... *Por otro lado, esta palabra de adulterio es graciosa... Como si engañar a su mujer y a su hombre, lo convirtiera a uno en adulto...*"

Yo: ¿La transgresión de una prohibición haría crecer de alguna manera?

Martin –Sí... No sé... Quizás. Como sea, no sé qué hacer porque me atrae mucho...

La siguiente sesión giró alrededor del aporte de otros elementos actuales de esta situación y con la evaluación de la demanda de Martin. Su conflicto interno, las inhibiciones consecuentes, daban cuenta de una simple demanda "de ayuda" terapéutica como la que tuvo a los dieciséis, años o no me estaba pidiendo explorar más profundamente sus movimientos psíquicos.

¿Psicoanálisis con modificación de encuadre cara o cara o en el diván?

Martín convino que se imponía la segunda. Así, de un mes cara a cara, el tiempo que nos llevó acordar horarios para poder encontrarnos tres veces por semana, re-comenzó el trabajo analítico con Martín.

Más allá de los diferentes aspectos abordados en este, quisiera centrarme en dos puntos: en primer lugar, el componente masoquista (ligado a su antiguo y presente carácter obsesivo⁶), y en segundo lugar, un síntoma de lo más singular.

Por una parte, a menudo se dejaba dominar e incluso humillar por su jefe de servicio, e incluso, a veces, por colegas. Por ejemplo, era quien tomaba, desde hacía años, las guardias de Navidad y Año Nuevo. Otros hechos profesionales podían atribuirse a esta dimensión masoquista, como, por ejemplo, ciertas observaciones hirientes de la enfermera que lo cortejaba y que, frustrada por no ser aún su amante, lo rebajaba –afortunadamente en privado– mientras continuaba persiguiéndolo amorosamente, todo esto sin que Martín se rebelara o fuera cortante con ella.

Por otro lado, síntoma curioso, me entero de que jamás descubrió⁷ el glande de su pene. Sus dos hijos habían sido fruto del coito, pero sin que su prepucio, incluso en erección, se hubiera retraído para liberar por completo al glande. Nunca se había atrevido a ninguna maniobra de desprendimiento manual para liberar el glande de su "envoltura" formada por el prepucio.

Martín era consciente de lo anómalo de su comportamiento. Le daba vergüenza. No estaba apoyado en ningún problema anatómico, sino en su incapacidad para descubrir su glande, e incluso para poder imaginarlo o *verlo*. Como si su glande fuera "el

⁶Pirlot, G. Cupa D. (2017), p. 284 sq.

⁷ [NPT] El término utilizado por el autor es "*décalotter*", cuya definición es: descubrir, despejando el glande. Dado que en español no existe una traducción exacta, utilizaré la palabra "descubrir", que tiene que ver con el sentido que el autor desea transmitir.

oscuro objeto de una prohibición" para ver y tocar. Peor incluso, como si esta maniobra implicase cierto "sadismo" que podría "arrancar" o "hacer sangrar" su pene. Como era biólogo, evidentemente reconocía la irracionalidad completa de este temor.

Me confesó que su mujer jamás le había hecho algún comentario sobre el aspecto de su anatomía, y que, por otro lado, jamás había practicado la felación.

No puedo transcribir aquí la cantidad de nexos asociativos en los que trabajamos durante un importante número de sesiones (seis meses) antes de que pudiera hacer este "descubrimiento". Por mi lado, detrás de los fantasmas sadomasoquistas subyacentes a esta inhibición, lo asociaba al "secreto" sobre las prácticas homosexuales y de travesti del padre y a ciertos trabajos de Groddeck y G. Roheim sobre la circuncisión.

Para Georg Groddeck, la circuncisión de los judíos acelera la represión de la bisexualidad, lo que los distingue de otros seres humanos: "El prepucio se suprime para eliminar cualquier rasgo femenino de la insignia de la masculinidad; porque el prepucio es femenino, es la vagina en la que se mete el glande masculino"... Al eliminar el prepucio, los judíos le quitan a lo masculino el carácter femenino. Así renuncian, en favor de la divinidad bisexual, a su divinidad innata. Por la circuncisión, el judío se convierte solamente en hombre"⁸.

En cuanto a Geza Roheim, quien estuvo, en Australia, en contacto con algunas etnias aborígenes, dice, en su libro *The Gate of Dream*, que "la circuncisión es el acontecimiento central de la mayoría de los ritos de iniciación australianos. Para él, *el prepucio separado del pene es equivalente al hijo separado de su madre. (...) Por otra parte, entre los Djauen, es la madre la que, en última instancia, tiene la custodia del prepucio. He demostrado que se trataba del vínculo de unidad dual (madre e hijo) dividido en dos, y luego restaurado simbólicamente, y también que el separador era el padre*"⁹

Así, el prepucio debe ser separado del glande (circuncisión), que corre el riesgo de ser como una "madre tóxica" que impedirá que su fuerza "viril" se expanda. El prepucio es el "vestido materno" que es necesario separar, en la pubertad del hijo para que este despliegue su fuerza sexual.

Lugar del "inter-maternal" y (del vestido) del padre en el masoquismo

Desde el primer mes de la cura, Martín tuvo un número impresionante de llegadas tarde a sus sesiones, a veces racionalizadas, a veces no, lo que contrastaba con la

⁸Groddeck, G. p. 194.

⁹Roheim, G. (1952). 2000.

puntualidad que tenía a los 16 años (¡!). Podía deshacerse en excusas como un niño pequeño tratando de disculparse por una falta que esperaba que yo castigara. Evidentemente, esto fue asociado e interpretado en un primer momento por mí en relación a su docilidad hacia su jefe de servicio, sus colegas y su "amante" (que todavía no lo era).

En ese momento de la cura estábamos en el fantasma "soy pegado por el padre", que se organiza entonces como un fantasma masoquista que condensa a la vez el hecho de ser un "objeto de interés" y, por ende, de amor del padre, denigrando a la vez la proximidad erótica que dicho interés suscita¹⁰. El fantasma "no es [por lo tanto] más únicamente el castigo por la relación genital prohibida, sino también el sustituto regresivo de ella, y de esta última fuente extrae la excitación libidinal que le será inherente y encontrará la descarga en actos onanistas"¹¹. Este fantasma queda inconsciente como consecuencia de la represión, agrega Freud, pero vemos todos sus efectos en las llegadas tarde de Martín.

Esta importante frase, precisa Freud, no corresponde a ninguna escena real vivida. "Es una construcción del análisis, pero es una necesidad". Freud evoca entonces el caso de un hombre que recordaba con claridad el hecho de que solía utilizar la representación "ser golpeado por la madre con fines onanistas"; es verdad que pronto sustituyó a su propia madre por la madre de compañeros de escuela y por otras mujeres que se parecían de alguna manera a ella"¹².

Tenemos entonces aquí el ejemplo mismo de los desplazamientos de las fijaciones libidinales sobre imagos diferentes, precisa Freud, lo que coincide con lo que dice de la tercera fase, parecida a la primera, en la que la persona del padre está menos determinada y puede referirse a un sustituto. Hay que subrayar que en la transformación de la fantasía incestuosa del varón en la fantasía masoquista correspondiente, se produce

una inversión de la actividad en pasividad proveniente de una regresión de la libido, *vía* represión, debido al sentimiento inconsciente de culpa, que será el lecho de un masoquismo posterior.

No voy a desarrollar aquí la cuestión del masoquismo expuesta por Th. Reik, o en Freud, la complejización en 1924 del problema económico del masoquismo.

En cambio, retomaré las propuestas del filósofo G. Deleuze sobre Sacher-Masoch, que aclaran el masoquismo¹³ de otro modo. Basándose en los diferentes textos de Sacher-Masoch (*La Venus de la piel, Agua de la Juventud, La pescadora de almas*),

¹⁰Roheim, G. (1967), pp. 126-7.

¹¹Pirlot G., Pédinielli J.-L. (2012), p. 68 sq.

¹²Freud, S. Idem.

¹³Pirlot, G. (2015). p. 330 sq.

G. Deleuze comienza a plantear la cuestión de la especificidad que le es propia al masoquista de ser golpeado por una mujer: "¿Por qué es la madre la que pega, y no el padre?", como, añadiríamos nosotros, en la fantasía "Pegan a un niño" descrita por S. Freud.

Desde luego, en la transferencia, Martín buscaba que yo lo reprendiese por sus retrasos, en fin, que "lo golpeará" a mi manera... Pero detrás de mí, ¿a quién se dirige este deseo, esta angustia, este placer *secreto*? ¿No es en realidad a su temible abuela que tanta autoridad tenía sobre su hijo, el padre de Martín?

Deleuze cita a Th. Reik declarando en su obra sobre el masoquismo: "Cada vez que hemos tenido la posibilidad de estudiar un caso particular hemos encontrado al padre o a su delegado escondido bajo la imagen de la mujer infligiendo el castigo"¹⁴. Evidentemente, tal como lo señala el filósofo, esta declaración requiere que se describa lo que se entiende por "[estar] oculto".

En el masoquismo, ¿no sería la imago paterna la que en efecto es *golpeada*? Deleuze plantea esta cuestión partiendo de la teoría freudiana de las pulsiones parciales que hace posible la coexistencia de determinaciones dialécticas entre sadismo, sado-masoquismo y masoquismo. Recuerda así lo que S. Freud describe de las salidas del "declive del complejo de Edipo"¹⁵: por un lado, la salida activa sádica en la que el niño se identifica con el padre, y, por el otro, la salida masoquista pasiva en la que, por el contrario, toma el lugar de la madre y quiere ser amado por el padre (como en la fantasía "Pegan a un niño"). Recordemos la frase de S. Freud tomada del análisis del "Hombre de los lobos": "En el sadismo mantenía firme su más antigua identificación al padre; en el masoquismo había elegido a este padre como objeto sexual"¹⁶.

Sin embargo, cuando decimos que el verdadero personaje que pega en el masoquismo es el padre, debemos preguntar también: ¿quién es golpeado primero? ¿Dónde está escondido el padre? ¿No lo estará al principio en el golpeado? El masoquista se siente culpable, se hace golpear y expía, pero ¿de qué y por qué? ¿No es precisamente la imagen de padre en él lo que se encuentra miniaturizada, golpeada, ridiculizada y humillada? Lo que expía, no es su semejanza con el padre, la semejanza al padre. ¿No es la fórmula del masoquismo un padre humillado? De esta manera el padre sería menos golpeador que golpeado.¹⁷

¹⁴Reik, Th. 1972, p. 27, pp. 187-189.

¹⁵Freud, S. (1924), 1992, pp. 29-33.

¹⁶Freud, S. 1918.

¹⁷Deleuze, G. (1967), p. 54.

Visto desde este ángulo, la problemática de Martín aparece más clara. ¿No había sido su padre un hombre sometido a la ley de su propia madre – la abuela de Martín– y aquella, sexual, de esos amantes de paso cuando se travestía cerca de la estación?

Me entero, entonces, de otro hecho: *la abuela había vestido de niña a su padre, hasta los cuatro años*, edad en la que entró en el jardín de infantes (!). También noté que Martín no conocía aún la verdadera causa de la muerte de su padre, o sea, su práctica de prostituirse como travesti, lo que planteaba un verdadero problema técnico sobre el que no puedo extenderme aquí.

¿Acaso el comportamiento sexual oculto del padre había llevado hasta ese punto a Martín a introyectar una función paterna no-desexualizada que condujo a un constante sentimiento de culpa y vergüenza (de sí mismo) proyectado sobre su pene?

El origen narcisista de la vergüenza, la investidura primordial de sus fuentes corporales, su papel como testimonio de una pérdida de control, provienen de una forclusión del testigo que es, para el vínculo madre-hijo, la mirada del padre cuya función está en una investidura narcisista que *desexualiza* este vínculo.¹⁸ Ahora bien, en Martín, la función simbólica del padre, disminuida y, en el inconsciente reprimido, no desexualizada, podía, para su gran vergüenza, haber sido encarnada, representada por la de la abuela.

“El masoquista vive el orden simbólico como inter-maternal, y determina las condiciones bajo las cuales la madre [aquí la abuela], en este orden, se confunde con la ley”¹⁹. ¿No era este “inter-maternal” del que habla G. Deleuze, aquel que puso en escena en las novelas de Sacher-Masoch con sus figuras de mujeres-madres que humillan al héroe, el que se escondía en el masoquismo en el que él, Martín, se había dejado “encerrado” entre una (posible) amante que lo humillaba y su esposa que dominaba toda su vida doméstica y a quien tenía miedo de “traicionar”?

El prepucio vistiendo el glande del vestido oculto del padre...

El fantasma inconsciente aparecía a lo largo de las sesiones: *usurpar* el lugar de este otro paterno que debió saber afrontar al Otro materno. En la contratransferencia vivía momentos paradójales: ganas de irritarme y, como un padre, recordarle la regla relativa a sus llegadas tarde más que frecuentes; ganas de consolarlo como una madre por haberse sentido abatido y continuamente estigmatizado en su trabajo y

¹⁸ Green, A., 2003, p. 1647. “Antisexual, pero no anti-pulsional ya que no debemos olvidar que la misma libido narcisista está pulsionalizada” Green, A., 2003, p. 1652.

¹⁹Deleuze, G., p. 56.

por su amante, incluso su mujer. A falta de ley paterna eficiente, dominaba una suerte de contrato entre víctima (el masoquista) y verdugo (el sádico) que rehabilitaría el vínculo al Otro denunciando su absurdidad y que, en Martín, los *acting out* en la transferencia reproducían a voluntad. En contrapartida, esta forma de contrato – reforzada por el contrato leonino del psicoanálisis (3 sesiones semanales)– permitía al héroe masoquista que era Martín proveerse de un mundo fantasmático sádico, violento y destructor en el que el “descubrimiento” de su pene representaba toda su vivacidad. Llegar tarde le permitía manifestarme toda su agresividad al mismo tiempo que acortaba el tiempo en que hubiéramos podido hablar de ello.

Hablar era en este momento el equivalente a “*descubrirse*” (y en una “amfimixia” de erotismos [Ferenczi, 1922] de la regresión transferencial [hacerse] *desnudar*²⁰ igualmente...). El fantasma “sádico” de descubrirse, de “forzar” al prepucio a dejar que el glande aparezca, representaba en este contexto sádico-anal una doble denegación. Denegación de la madre/mujer (identificada a la ley) que el glande no debía “desflorar”/tocar/lastimar: el prepucio debía continuar, en el fantasma inconsciente, “revistiendo” con su “vestido” –como aquel que llevaba el padre travestido o siendo niño– el glande –protegiéndolo de todo contacto con el interior sexual femenino para “protegerse” de cualquier pérdida de la madre (que representaba)– angustia sin duda transmitida de manera intergeneracional por el padre, quien sabemos, había perdido a su propio padre a los nueve años.

Denegación del padre como hombre cuya sexualidad no debía llevar a la transgresión (de la ley) –en cualquiera de sus formas: adulterio o travestismo/prostitución.

Fueron estos escollos los que tuvieron que ser interpretados en el “viaje analítico” de Martín que duró... unos pocos años, el tiempo para perfeccionar una construcción subjetiva masculina para que ciertos peligros, como el de asumir su agresividad reprimida en su obsesividad o la de enfrentar su deseo sexual, pudieran ser afrontados y superados (*Aufhebung*) sin que hubiera muertos...

Resumen

En este texto el autor relata el tratamiento en dos tiempos de un sujeto, primero durante su adolescencia perdió brutalmente a su padre, y luego, trece años más tarde, por una demanda de análisis siendo adulto. El autor quiere subrayar el difícil camino de una sexualidad asumida con sus conflictos internos, sus fantasmas del pasado y sus deseos sexuales confrontando al

²⁰ [NdT] El autor hace un juego de palabras entre *décalotter* (descubrir) y *déculotter* (bajarse los pantalones). Utilicé la palabra desnudarse por respetar más la semejanza fonética.

sujeto a la transgresión adúltera, lo que acentuaba en él un funcionamiento obsesivo y actitudes masoquistas como también un síntoma de los más singulares que concierne la esfera genital. La transmisión intergeneracional de un no-dicho durante su infancia y la sintomatología neurótica y física del sujeto, hace revisitar la cuestión del padre y de la madre en la construcción del masoquismo.

Palabras clave

Neurosis obsesiva, Masoquismo, Sexualidad, Travestismo, Adolescencia, Transmisión intergeneracional, No-dicho, Secreto familiar.

Summary

In this text, the author describes the two-stage psychoanalytic treatment of a man, first when he was a teenager and suddenly lost his father, then, thirteen years later, during a later request for psychoanalysis when he was an adult. The author wants to underline the difficult path of an assumed masculinity with his internal conflicts, his ghosts of the past and his sexual desires confronting the subject with adulterous transgression accentuating in him an obsessional functioning and masochistic attitudes as well as a symptom of the most singular concerning the genital sphere. The intergenerational transmission of a family unspoken during childhood and the neurotic and bodily symptomatology of the subject makes us revisit the question of father and mother in the construction of masochism.

Key-words

Obsessional neurosis, Masochism, Sexuality, Transvestism, Adolescence, Intergenerational transmission, Unspoken, Family secret.

Le prepuce du fils cachant la robe d'un pere travesti (et fantasmé battu par sa mere)

Résumé

Dans ce texte l'auteur relate la prise en charge en deux temps d'un sujet, d'abord quand il était adolescent et perdit brutalement son père puis, treize ans plus tard, lors d'une demande ultérieure de psychanalyse une fois adulte. L'auteur se veut y souligner le difficile chemin d'une masculinité assumée avec ses conflits intérieurs, ses fantômes du passé et ses désirs sexuels confrontant le sujet à la transgression adultère ceci accentuant chez lui un fonctionnement obsessionnel et des attitudes masochistes ainsi qu'un symptôme des plus singuliers concernant la sphère génitale. La transmission intergénérationnelle d'un non-dit familial lors de l'enfance et la symptomatologie névrotique et corporelle du sujet fait revisiter la question du père et de la mère dans la construction du masochisme.

Mots clés

Névrose obsessionnelle, Masochisme, Sexualité, Travestisme, Adolescencia, Transmisión intergénérationnelle, Non-dit, Secret de famille.

Bibliografía

- Badinter, E. (1992). XY : De l'identité masculine. Paris, O. Jacob.
- Deleuze, G. (1967). « Présentation de Sacher Masoch. Le froid et le cruel » Présentation de Sacher-Masoch et Venus à la fourrure. Paris, Payot, pp. 15-115.
- Ferenczi, S. (1922) «L'amphimixie des érotismes dans le processus d'éjaculation », Thalassa, Essai sur la théorie de la génitalité Œuvres Complètes III (1919-1926). Paris, Payot, 1974, pp. 250-323 (pp.254-261).
- Freud, S. (1900). L'interprétation du rêve Œuvres Complètes de Freud (OCF) 1899-1900 T. IV, Paris, PUF, 2004.
- (1900). Die Traumdeutung, Fischer TaschenbuchVerlag, Frankfurt am Main, 1961.
- (1919). «Un enfant est battu», Névrose, psychose et perversion. Paris, PUF, 1978, pp. 219-243 .
- (1918). L'Homme aux loups : à partir de l'histoire d'une névrose infantile », Cinq psychanalyses. Paris, PUF, 1966, pp. 325-420; OCF-XIII, PUF, 1988, pp. 5-118.
- (1924). «Le problème économique du masochisme», Névrose, psychose et perversion. Paris, PUF, 1978, pp. 287-297.
- (1924). «Le déclin du complexe d'Œdipe. OCF-XVII, Paris, PUF, 1992, pp. 29-33.
- Green, A. (2003). «Énigmes de la culpabilité, mystère de la honte». Revue française de psychanalyse, 67, 5, pp. 1639-1653.
- Groddeck, G. «Le double sexe de l'être humain». Nouvelle Revue de Psychanalyse, n°7, Printemps, 1973, p. 194.
- Pirlot, G. (2001). Souffrances et violences à l'adolescence. Paris, L'Harmattan.
- Pirlot G., Pédinielli J.-L. (2005). Les perversions sexuelles et narcissiques. Paris, A. Colin, Coll. 128, réed. 2009, 2012.
- Pirlot, G., Cupa, D. (2012), André Green. Les Grands concepts psychanalytiques. Paris, Presses Universitaires de France.
- Pirlot, G. (2015), T.E. Lawrence, le désert, l'avant du désir. Réflexions psychanalytiques sur la vie et l'œuvre de Lawrence d'Arabie. Toulouse, Presses Universitaires du midi.
- Pirlot, G., Cupa, D. (2017). Approche psychanalytique des troubles psychiques, Paris: Dunod.
- Reik, Th. (1953). Le masochisme. Paris, Payot, 1971.
- Roheim, G. (1952). Les portes du rêve, Paris, Payot, 2000.
- «Psychanalyse de la culture australienne», Psychanalyse & anthropologie. Paris, Gallimard, 1967, pp. 126-7.